

Sobre el tema de los despertares

Henri ROSSIER

biblicom.org

Índice

1 - La espada de Aod (Jueces 3)	3
2 - El cántico de Débora (Jueces 5)	4
2.1 - Versículo 1	4
2.2 - Versículo 2	5
2.3 - Versículo 3	5
2.4 - Versículos 4-5	6
2.5 - Versículos 6-8	6
2.6 - Versículo 9	7
2.7 - Versículos 10-11	7
2.8 - Versículo 12	8
3 - La victoria de Gedeón — Los tres elementos del testimonio de Dios (Jueces 7:15-25)	9

1 - La espada de Aod (Jueces 3)

Es muy importante comprender que, puesto que la Iglesia ha sido infiel al llamado de Dios, la posibilidad de una restauración global no existe para ella aquí abajo. Los propios avivamientos que Dios produce a veces distorsionan los pensamientos de los cristianos en este sentido, especialmente cuando pertenecen a una de esas restauraciones parciales creadas por el Espíritu de Dios. La estrechez de miras, un corazón a menudo estrecho, acostumbrado a abrazar y amar a la Iglesia en lo que solo nos concierne inmediatamente, un espíritu sectario que nos hace llamar Iglesia a los sistemas miserables que los hombres han sustituido al edificio de Dios, son todas razones que nos impiden darnos cuenta del estado real de la Asamblea en este mundo. Ahora bien, para todo cristiano que esté acostumbrado a depender de la Palabra de Dios, es un hecho indiscutible que nuestros días son días malos, en los que el misterio de la iniquidad ya está en marcha, pues ya hay varios anticristos, y se está preparando la apostasía final. Pero otro hecho igualmente absoluto es que Dios es fiel y nunca se dejará sin testimonio. Incluso utiliza el mal, como vimos en el capítulo 2 de nuestro libro, para traer nuevas bendiciones a los suyos. ¿No sigue siendo el Dios que utilizó a Satanás como instrumento para llevar a Job a la luz de su presencia?

Del mismo modo, en este libro de los Jueces, Dios utiliza la merecida opresión del enemigo para producir renacimientos en Israel. Una palabra los introduce a todos: «Clamaron los hijos de Israel a Jehová» (3:9). El cristianismo actual debate sobre los “medios para producir el renacimiento”. Solo hay uno: la sensación de la miseria del mundo, del pecador o de la Iglesia, que lleva al alma afligida a clamar a Dios. «Clamaron... a Jehová». Entonces Jehová les envía libertadores. Desde el capítulo 3 hasta el capítulo 16, el libro de los Jueces nos presentará estos renacimientos y sus diversos personajes.

Comencemos con una observación general. En tiempos de degradación moral, Dios actúa a través de instrumentos que tienen todos algo incompleto y llevan el sello de la debilidad: Otoniel desciende de una familia más joven; es «hijo de Cenaz, hermano menor de Caleb». Aod es débil por su enfermedad, Samgar por el instrumento que utiliza, Débora por su sexo, Barac por su carácter natural, Gedeón por sus relaciones, Jefté por su nacimiento. Otros jueces, mencionados de pasada, son ricos, influyentes o prósperos (10:1-4; 12:8-15). Dios los utiliza, sin duda, pero no tanto para la liberación como para mantener los resultados obtenidos. Ya no estamos en los días de Josué o de los apóstoles, en los días de una fuerza desarrollada en el

hombre que impedía que se produjera la debilidad de la carne y, sin embargo, la misma debilidad de los testigos actuales, una marca del período por el que estamos pasando, sigue glorificando el poder de Aquel que los utiliza

La espada de Aod era poderosa, pero corta; Samgar libera con un arma que no parece ser adecuada para este propósito, instrumento despreciable que solo puede servir, aparentemente, ¡para pinchar a seres poco inteligentes! Sin pretender descubrir aquí tipos o alegorías, tendencia que ofrece más de un peligro en la enseñanza, me gusta comparar el aguijón de Samgar con la espada de Aod. Tenemos un arma, la Palabra; es la única, en varios aspectos, que el hombre de fe utiliza en la batalla. Pero el mundo inteligente e incrédulo a menudo la considera como un aguijón para bueyes. Es buena, dice, para las ancianas y los niños, para los incultos, pues está llena de cuentos y contradicciones. Pues bien, bajo esta forma despreciada, Dios la utiliza para ganar una batalla. Cuando la fe la utiliza, encuentra un arma donde el mundo solo ve locura, pues la debilidad de Dios es más fuerte que los hombres. Sí, sin duda, ella es para los no inteligentes y se aplica a sus necesidades y a su conducta, pero el mismo aguijón puede matar a 600 filisteos.

Utilicemos, pues, la Palabra tal como Dios nos la ha confiado, pero recordemos que no tiene ningún efecto sino en manos de la fe, y cuando el alma ha encontrado en ella para sí misma la comunión con Dios, el conocimiento de Cristo, y, con ella, la bendición, el gozo y la fuerza.

2 - El cántico de Débora (Jueces 5)

Jehová acaba de realizar una maravillosa liberación por la mano de dos mujeres y un hombre sin carácter, exaltando su gracia y su poder a través de la debilidad de sus instrumentos. Esta victoria, como hemos dicho, es la señal del despertar del pueblo. El Espíritu de Dios da una expresión a este despertar por boca de la profetisa. Débora y Barac describen y celebran las bendiciones de la liberación de Israel.

2.1 - Versículo 1

«Aquel día cantó Débora con Barac hijo de Abinoam, diciendo».

Lo primero que sigue a la liberación es la alabanza, muy diferente, sin duda, en un tiempo de ruina, de lo que era al principio. Una vez, cuando salieron de Egipto: «En-

tonces cantó Moisés y los hijos de Israel este cántico a Jehová» (Éx. 15:1); todo el pueblo entonó con su líder el cántico de la liberación. No faltó ni una sola voz. Imaginemos la armonía de estas 600.000 voces, fundidas en una sola, para celebrar en la orilla del mar la victoria obtenida por Jehová: «Cantaré yo a Jehová, porque se ha magnificado grandemente». Todas las mujeres, con María a la cabeza, uniéndose a estas alabanzas, repetían las mismas palabras: «Cantad a Jehová, porque en extremo se ha engrandecido». En el capítulo 5 de Jueces, ¡qué contraste! “Débora canta con Barak”. Una mujer y un hombre, dos seres solitarios, dos testigos de un tiempo de ruina; pero el Señor está presente, el Espíritu de Dios está allí, y aunque estos dos son testigos de la ruina, sin embargo, tienen motivos para alegrarse y celebrar la grandeza de la obra de Jehová. La alabanza redescubierta es la marca del verdadero despertar, la primera necesidad de los hijos de Dios que se identifican tales. Débora y Barak no hacen bando aparte, aunque no todo el pueblo se haya unido a ellos, reconocen la unidad del pueblo y su alabanza es una expresión de lo que todo Israel debería haber dicho.

2.2 - Versículo 2

«Por haberse puesto al frente los caudillos en Israel, por haberse ofrecido voluntariamente el pueblo, ¡Load a Jehová!»

El motivo de alabanza, es lo que la gracia de Dios ha producido en los conductores y en el pueblo. Dios lo reconoce y así anima a los suyos, tan vacilantes y débiles.

2.3 - Versículo 3

«Oíd, reyes; escuchad, oh príncipes; yo cantaré a Jehová, cantaré salmos a Jehová, el Dios de Israel».

La alabanza pertenece exclusivamente a los fieles. «Yo», dicen ellos. Los reyes y príncipes de las naciones están invitados a escuchar; pero no tienen parte en este cántico, pues la liberación de Israel es la ruina de ellos.

2.4 - Versículos 4-5

«Cuando saliste de Seir, oh Jehová, Cuando te marchaste de los campos de Edom, La tierra tembló, y los cielos destilaron, Y las nubes gotearon aguas. Los montes temblaron delante de Jehová, Aquel Sinaí, delante de Jehová Dios de Israel.»

Estas palabras recuerdan el comienzo del cántico de Moisés en el [Deuteronomio 33](#), al que también alude el [Salmo 68:7-8](#). Aquí encontramos otro principio importante del despertar. Se insta a las almas a volver a las primeras bendiciones, buscando lo que Dios hizo al principio, no dirigiéndose por lo que tienen ante sus ojos, sino diciendo: «¡Lo que ha hecho Dios!» (Nom. 23:23). Esta es nuestra salvaguarda en tiempos de ruina. No digamos, como los cristianos infieles: “Aceptemos los días en que vivimos”. En un tiempo del que el apóstol Juan dijo: «Es la última hora», los santos tenían como recurso «lo que era desde el principio» ([1 Juan 2:18](#); [1:1](#)).

2.5 - Versículos 6-8

«En los días de Samgar hijo de Anat, en los días de Jael, quedaron abandonados los caminos, etc.»

Aquí aparece un nuevo principio. Los fieles reconocen la ruina de Israel. No buscan paliar o excusar el mal, sino juzgarlo según Dios. Cuatro hechos caracterizan esta ruina:

1) «Quedaron abandonados los caminos, y los que andaban por las sendas se apartaban por senderos torcidos». Esto es lo que ha producido el yugo del enemigo. Ya no había seguridad para el pueblo en las grandes vías, en los caminos por los que habían caminado todos juntos, porque era allí donde se encontraba el enemigo, y la multitud elegía caminos tortuosos, cada uno según lo que le decía su corazón. ¿No es esto lo que caracteriza a la Iglesia de Dios en nuestros días?

2) «Las aldeas quedaron abandonadas en Israel». Los lugares donde el pueblo vivía en familia y en paz estaban abandonados. Esta unión visible del pueblo había desaparecido hasta el día en que Débora fue suscitada para la restauración parcial de Israel. ¿Es la unidad de la familia de Dios más visible hoy en día? Por desgracia, si un cierto número de fieles la manifiestan, no existe, en su conjunto, que para la fe y en los consejos de Dios.

3) «Cuando escogían nuevos dioses, la guerra estaba a las puertas». Sí, la idolatría

se había convertido en la religión del pueblo que había abandonado a Dios, el Dios de eternidad. Israel, tras haber ofendido a Jehová, estaba castigado por la guerra y por un enemigo que le presionaba sin descanso.

4) «¿Se veía escudo o lanza Entre cuarenta mil en Israel?». No había más armas contra el mal. ¿Dónde están ahora las armas? ¿Qué se ha hecho con la espada del Espíritu? ¿Dónde está el poder de la Palabra para resistir las falsas doctrinas que pululan en medio de la cristiandad, royendo como una gangrena, echando por tierra el maravilloso nombre de Cristo? ¿Por qué, dice el salmista, arrojáis mi gloria al oprobio? Incluso el escudo de la fe ha sido derribado, el mal prevalece, y el pueblo de Dios no puede apartarse de él.

En medio del desorden, la parte del fiel es reconocer todo el mal inclinando la cabeza en señal de humillación. No basta con conocer nuestras bendiciones celestiales; Dios quiere que reconozcamos plenamente, para separarnos de ellas, el estado de cosas por el que hemos deshonrado a Dios, nosotros su pueblo. Si pertenecemos al testimonio de Dios, alejémonos del mal. El carácter más espantoso del final de los tiempos no es la inmoralidad abierta, aunque la moral esté ahora profundamente corrompida, sino especialmente las falsas doctrinas. En la Segunda Epístola a Timoteo, es a propósito de ellas que se nos dice que nos alejemos de la iniquidad, que nos separemos de los vasos de deshonra. Pero esto no es suficiente. La profetisa añade:

2.6 - Versículo 9

«Mi corazón es para vosotros, jefes de Israel, para los que voluntariamente os ofrecisteis entre el pueblo». Este es otro principio. El alma ve el bien donde el Espíritu de Dios lo produce, y se une a él. El corazón de Débora está con los fieles de Israel. Se posiciona abiertamente con los que son animados de buena voluntad y, reconociendo lo que Dios ha hecho en medio de la ruina, dice: «¡Benedicid a Jehová!», contenta de ver este pequeño testimonio aquí abajo entre los gobernantes. Que todos nuestros corazones lo aprecien y que repitamos con ella: «¡Bendito sea el Señor!»

2.7 - Versículos 10-11

Entonces la profetisa, dirigiéndose a los que están disfrutando en paz de las bendiciones que han recuperado, les dice: «Vosotros que cabalgáis en asnas blancas»,

signo de riqueza y prosperidad: los hijos de familias nobles y los jueces poseían este privilegio (comp. 10:4; 12:14). Es como un llamamiento a los que gozan del fruto de la victoria sin lucha. «Los que presidís en juicio»; los que disfrutaban de un descanso lleno de bienestar. «Los que viajáis»; los que disfrutaban de la seguridad ganada. Débora, digo, se dirige a ellos y les insta a «hablar». No tuvieron nada que ver en esta victoria, salvo saborear sus frutos, pues solo unos pocos habían luchado, cuyas voces pudieron escuchar en el reparto del botín, en medio de los lugares donde se extrae el agua. Ese tiempo, no había que olvidarlo, por muy bendito que fuera, no fue más la restauración de Israel que los despertares de nuestros días son una restauración de la Iglesia. Si los vencedores podían contar los actos justos de Jehová hacia sus ciudades abiertas de Israel, si el pueblo se había levantado para bajar a las puertas y enfrentarse al enemigo, era sin embargo un tiempo de ruina y una restauración parcial. ¡Cuánto conviene que el pueblo de Dios de nuestros días no olvide estas cosas!

Pero aún hay mayores bendiciones para nosotros. El tono del cántico se exalta, las palabras salen de la boca de Deborah a toda prisa.

2.8 - Versículo 12

«Despierta, despierta, Débora; despierta, despierta, entona cántico. Levántate, Barak, y lleva tus cautivos, hijo de Abinoam». El Salmo 68, ese magnífico himno de David, que en muchos pasajes recuerda el cántico de Débora (comp. v. 8-9, 13, 18), celebra la plena restauración milenaria de Israel, tras la exaltación del Señor. Jehová, se dice, habitará en medio de su pueblo: «Y habitaré en medio de ellos para siempre» (Ez. 43:9). ¿De dónde puede venir esta bendición? El profeta responde: «Subiste a lo alto, cautivaste la cautividad, tomaste dones para los hombres, y también para los rebeldes, para que habite entre ellos JAH Dios» (v. 18). Ahora bien, las palabras de este himno que celebra la plenitud de las bendiciones futuras, las oímos aquí salir de la boca de una mujer débil en una época de ruina, cuando Jehová ha marcado la frente de Israel con la señal de las bendiciones perdidas. «Levántate, Barak, y lleva tus cautivos, hijo de Abinoam». ¡Qué estímulo para nosotros! Hay altas verdades entre todas que son la porción especial de la fe en los tiempos bajos de los jueces, como en los tiempos malos por los que estamos pasando. El cántico de Moisés, rebosante del gozo del pueblo redimido tras el cruce del mar Rojo, celebraba *la liberación a través de la muerte*, para llevar al pueblo a la morada de Dios y más tarde al santuario que sus manos habían establecido. Himno maravilloso, himno del alma

en su inicio, contemplando la victoria cuyo antitipo es la cruz, himno en el que el corazón exhala, como un perfume derramado, las alabanzas de la liberación, himno, sin embargo, que no lo expresa en su totalidad.

Es una mujer que, en un tiempo de oscuridad y ruina, entona un himno que se eleva por encima de la muerte, el himno de *la liberación a través de la resurrección*. En efecto, ¿de quién se trata aquí? «Levántate, Barak». ¿Se trata solo del hijo de Abinoam? No dudamos en ver en Barak un tipo aún misterioso de Cristo que ha ascendido a la diestra de Dios, llevando cautiva la cautividad (comp. [Efe. 4:8](#)).

Los tiempos se habían bien oscurecido desde el cántico del Éxodo, y ahora la inteligencia profética de una mujer nos hace subir a lo alto con el tipo de un Cristo resucitado. Se despierta: sus ojos se abren para contemplar una escena gloriosa, Barak levantándose para llevarse la cautividad vencida, una imagen tenue de esa libertad a la que nos lleva el Cristo victorioso para disfrutar eternamente con él. Si las cosas enumeradas al principio de este capítulo caracterizan el despertar de hoy, hay una que debe caracterizarlo por encima de todas las demás, el conocimiento de un hombre glorioso elevado a la diestra de Dios, un hombre al que nuestros ojos y corazones buscarán en esa escena celestial en la que él, el vencedor, ha entrado, después de habernos liberado plenamente por su muerte y resurrección. Una vez más, amados, lejos de desanimarnos, no tenemos motivos para repetir con Débora: «¡Load a Jehová!»

3 - La victoria de Gedeón — Los tres elementos del testimonio de Dios (Jueces 7:15-25)

El pasaje que acabamos de leer responde a esta pregunta: ¿En qué consiste el testimonio de Dios y qué hace en tiempos de ruina? Lleno de gozo y confianza, Gedeón regresa al campamento de Israel. «Levantaos», dice, «porque Jehová ha entregado el campamento de Madián en vuestras manos». Luego, dividiendo a los 300 hombres en tres cuerpos, pone en sus manos «trompetas, cántaros vacíos con teas ardiendo dentro de los cántaros». Estos tres objetos son los elementos del testimonio de Dios en la batalla contra Satanás y el mundo.

Encontramos el significado de las trompetas en detalle en el capítulo 10 de Números (v. 1-10). Eran la voz de Dios para comunicar sus pensamientos al pueblo en cuatro ocasiones importantes: les daban la señal para reunirse, la señal para partir en sus

desplazamientos, la señal para la lucha y la señal para las fiestas solemnes o el culto. Lo que el sonido de las trompetas significaba para Israel en el pasado, lo encontramos hoy de una manera mucho más preciosa en la Palabra de Dios. Es a través de ella que Dios nos habla; es ella la que regula y dirige la reunión, la marcha, la lucha, el culto de los hijos de Dios. ¡Cuánto se olvidan estas cosas hoy en día! ¿No le parece, a la mayoría de los hijos de Dios, que todo el cristianismo consiste en llevar el evangelio a los inconversos? Gedeón entendía el testimonio de la fe de manera diferente. Comienza donde empieza Dios (Núm. 10). «Tocó el cuerno [la trompeta], y los abiezeritas se reunieron con él» (6:34). Es el portador de la voz divina para *reunir* a Israel disperso por la ruina.

Hermanos, ¿estamos bien decididos hoy por la reunión de los hijos de Dios? Tomemos la Palabra de Dios, hagamos oír su voz en los oídos de los santos desacostumbrados a oírla. Mostremos a los cristianos que su reunión es el propósito de Dios, el propósito de la cruz de Cristo, el propósito de la actividad del Espíritu en este mundo. Mostrémosles que es el enemigo quien los ha dispersado y que el gran obstáculo a su poder es la reunión de los hijos de Dios fuera del mundo, y tendremos el gozo de haber trabajado por lo que la Palabra llama «cuán bueno y cuán delicioso» (Sal. 133:1).

La trompeta también sonaba para *la conducta*. Esta no puede tener otra regla que la Palabra de Dios. Las divergencias, en la conducta de los hijos de Dios, se deben al abandono de esta regla. ¿Cómo no íbamos a conducirnos «por el mismo camino», si todos nuestros corazones dependieran por igual de esta Palabra, regla infalible de cada uno de nuestros pasos?

La trompeta llamaba para *la lucha*. Aquí llegamos a la escena de nuestro capítulo. El testimonio de Dios es inseparable del combata, pues no solo consiste en reunirse y la conducta, sino en tomar una posición abierta contra el mundo que es enemigo de Dios. Tenemos que proclamar en voz alta que estamos en una lucha sin cuartel con el mundo. La lucha tiene dos propósitos: ganar la posesión de nuestros privilegios, que es el tema del libro de Josué, y liberar al pueblo de Dios que, por su infidelidad, está esclavizado al enemigo. Así es como se contempla en el libro de los Jueces. En Josué, todo Israel debe subir a la conquista de Canaán; aquí la lucha está reservada a un cierto número de testigos, campeones de Jehová para la liberación del pueblo cautivo.

La trompeta sonaba para *las fiestas solemnes*. Solo la Palabra de Dios define y regula el culto. Solo mencionamos este tema, que no procede tratar aquí.

Las jarras vacías son un segundo elemento del testimonio. Sin duda, formaban parte de los recipientes que habían contenido los alimentos del pueblo (v. 8). Vacíos ahora, no tenían ningún valor, pero Gedeón, enseñado por Dios, supo utilizarlos para Su gloria. Un pasaje de la Palabra (2 Cor. 4:1-10) se refiere directamente a esta escena. El apóstol Pablo habla de la posición que adopta como testigo frente al mundo. Tiene que «manifestar la verdad», llevar «la iluminación del evangelio de la gloria de Cristo» ante los hombres, y luego añade (v. 7): «Pero tenemos este tesoro en vasos de barro, para que la excelencia del poder sea de Dios, y no de nosotros». Un vaso de barro es la «carne mortal» del gran apóstol de los gentiles. Las jarras vacías representaban lo que Gedeón y sus guerreros eran en sí mismos. La lección que su líder acababa de aprender en el campamento de Madián, los 300 también debían entenderlo individualmente. Al igual que la vasija de barro de Pablo, estos cántaros vacíos solo servían para ser rotos. Cuando Dios levanta un testimonio, solo se glorifica a sí mismo a través de instrumentos quebrados. Lleva su evangelio a los gentiles en un Saulo que fue derribado en el polvo del camino de Damasco, y glorifica la excelencia de su poder en un Pablo al que sigue quebrando hasta el final: «Atribulados en todo», dice el apóstol, «pero no angustiados; perplejos, pero no desesperados; perseguidos, pero no abandonados; derribados, pero no destruidos; llevando siempre en el cuerpo por todas partes la muerte de Jesús».

¿Cuál era el propósito de estas jarras vacías? Para contener las antorchas, el tercer y supremo elemento del testimonio de Dios; para llevar en su seno ese tesoro, la luz de Dios, para que, como dice el apóstol, «para que también la vida de Jesús se manifieste en nuestro cuerpo» (2 Cor. 4:10). Si las trompetas representan la Palabra de Dios en el testimonio, y las jarras nos representan a nosotros, ¿qué son las antorchas sino la vida de Jesús, la luz de Cristo? Los dos primeros elementos solo sirven para producir el tercero en medio de la oscuridad. Los hombres de Gedeón tocaron las trompetas y rompieron los cántaros (7:19), y la luz brilló a su alrededor. Así sucede con los testigos de hoy: «Porque nosotros, los que vivimos, siempre somos entregados a la muerte por causa de Jesús»; es Dios mismo quien se encarga de romper los cantaros, «para que también la vida de Jesús se manifieste en nuestra carne mortal» (2 Cor. 4:11). No dice la vida de *Cristo*, sino la vida de *Jesús*, la vida del hombre que atravesó este mundo en santidad. Estamos llamados a representar aquí *al hombre Jesús, tal y como vivió*, y este es nuestro testimonio.

No hay un solo cristiano en este mundo que no pueda ser portador de estos tres elementos del testimonio de Dios. ¿Por qué entonces hay tan pocos? Es porque no hacen con estos elementos lo que Dios quiere que hagan. Hay que tocar la trompe-

ta, romper las jarras, no poner la lámpara bajo el celemín. ¿Estamos cómodos aquí en la tierra, tenemos lo que necesitamos en este mundo, somos amados y respetados por los hombres? ¿Nunca hemos tenido alguna de las experiencias del apóstol, tribulaciones, perplejidades, persecuciones, abatimiento? Ah, entonces somos infelices, porque no tenemos nada. Dios no nos ha considerado dignos de llevar unos pocos rayos de la luz de Cristo ante el mundo. Benditos sean los que han sido rotos. «Bienaventurado, bienaventurado», decía el Señor, y añadía: «¡Alegraos y llenaos de júbilo; porque grande es vuestra recompensa en los cielos!» (Mat. 5:12).

Los 300, de pie cada uno en su lugar asignado alrededor del campamento, gritaron: «¡La espada de Jehová y de Gedeón!» ¡El mundo está desconcertado por este simple grito! Dad testimonio de Cristo, representadlo de forma viva, sin tener en cuenta a vosotros mismos, que la espada de dos filos de Jehová sea vuestra arma: todo el poder de Satanás y del mundo no podrá resistirse a vosotros. Ocupados en su gloriosa tarea, ni Gedeón ni sus compañeros, no corrían peligro de ir a sentarse en las tiendas de Madián, que el juicio de Dios derribaría, pues encontraban su seguridad y su fuerza, a pesar de sus jarras rotas, con las trompetas de Israel y las antorchas brillantes de Dios.

Un hecho alentador es que el testimonio llama al testimonio. Los 300 son utilizados por Dios para reunir al pueblo. Los hombres de Israel se reunieron y persiguieron a Madián (v. 23), y todos los hombres de Efraín se reunieron (v. 24) y compartieron la persecución y el botín del enemigo. Lo veremos, si somos fieles. Seamos testigos de Cristo y despertaremos el celo de los que le pertenecen. Ojalá amanezca pronto la hora en que Jesús, cuando venga, encuentre no a 300, sino a todo un pueblo de testigos que han luchado, resistido y vencido por él.